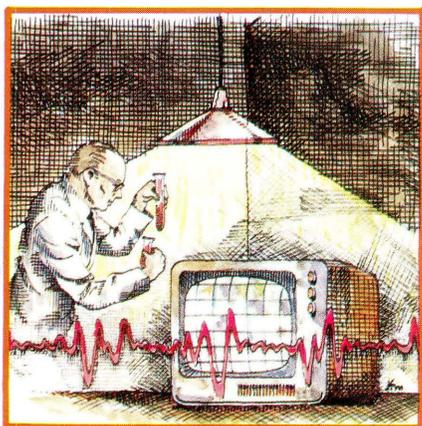


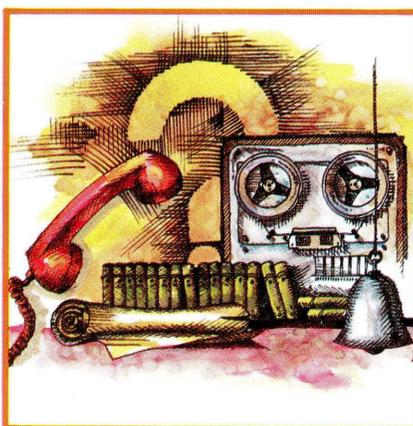
¿Somos un país que no ha definido propósitos de largo aliento? ¿Una Nación que no sabe o no quiere diseñar imágenes del futuro de la sociedad? Las preguntas surgen de una atenta interpretación del clima corriente de las opiniones. Artículos de prensa, debates, controversias, conversaciones de café: todo revela un pensamiento preso en las urgencias del día, fatigado, carente de visión, consumido en el descreimiento, sumido en la rutina, matizado por sentimentalismos, o viciado por los odios.

No es ésta una apreciación singular, ya que ha sido validada en diferentes encuestas, que nos catalogan



como uno de los países más dados al ejercicio del pesimismo.

En un valioso libro, el sociólogo Rodrigo Parra Sandoval ha descrito el estado de la juventud colombiana, bajo el síndrome de "ausencia de futuro": este calificativo bien podría hacerse extensivo a la sociedad colombiana en su conjunto: las ideologías suelen ser retrospectivas y no proyectivas, ancladas en el pasado o en el presente, sin sentido de dinamismo. La noción de progreso, que ha sido un valor de importancia en la configuración de la cultura occidental, ha sido poco actuante en la historia de las ideas en Colombia. Lo mismo podría decirse del pensamiento utópico, que ha contado con



pocos cultores en nuestro medio (acaso pudiera nombrarse únicamente a Bolívar).

Sin lugar a dudas, pueden enumerarse muchos factores como causantes de esta atmósfera de fatalismo: la perduración de la violencia, la drogadicción, la persistencia de flagelos sociales, el desarreglo de las instituciones políticas, la inoperancia de la justicia. Además, la recesión económica, aquí como en todas partes, ha puesto entre paréntesis el sentido de un futuro progresivo, ha minado la confianza en la propia capacidad de control, y de paso, ha desacreditado el pensamiento anticipatorio, justamente cuando más se requiere de mentalidades exploratorias.

A menos de tres lustros del fin del milenio, debiera aprovecharse la condensación simbólica de este evento, como motivo para ensayar esbozos de utopías razonables sobre el futuro de Colombia. No simplemente para ejercicios edificantes, sino para examinar, según proyecciones veristas, qué podremos llegar a ser. Pero también, para decirnos a nosotros mismos qué queremos ser: deberíamos estimular la definición previa de metas posibles y probables, y la controversia razonable sobre imágenes alternativas de sociedad.

En contraste con la mentalidad pesimista, puede comprobarse que Colombia ha realizado progresos sustanciales y excepcionales en muchos aspectos, que han sido el producto de un propósito deliberado y sostenido. Como ejemplos, se pueden mencionar los siguientes: reducción de la tasa de natalidad, en ausencia de coacciones estatales. Dispersión relativamente equilibrada de la población en múltiples centros urbanos y en diversos epicentros regionales, a diferencia de la excesiva concentración en la megalópolis que es característica de otros países de América Latina. Preservación de la democracia formal, aun en condiciones de conflicto interior, y experimentos sin par en la reducción de la violencia, mediante pactos políticos. Relativo éxito en la di-

Un Movimiento Científico como Utopía Razonable

Gabriel Restrepo*

El país se halla en lo que podría llamarse un punto de inflexión, en un momento crítico de cambio, en el que se precisan conceptos nuevos para una sociedad nueva.

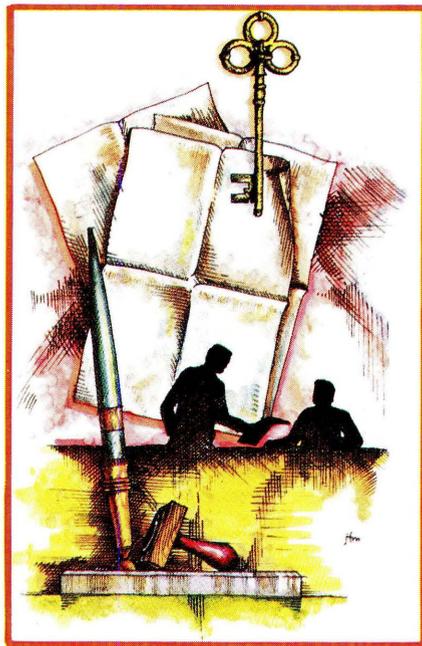
versificación del comercio exterior, al cabo de tres décadas. Mantenimiento de crecimientos positivos del producto, aun en lo más agudo de la recesión mundial, acompañados de reformas exitosas de los desajustes económicos (tasa de cambio, déficit fiscal, déficit externo). Corrección del desequilibrio en el comercio de hidrocarburos en una década. Progresos sustantivos en algunas áreas de desarrollo social (vivienda, inmunización infantil, alfabetización, escuela primaria), siempre que se han mantenido la voluntad política y la continuidad de propósitos.

Pero éstos y otros logros del pasado, si bien pueden dar confianza en la propia capacidad de dirección, no pueden servir como modelo de definición de una sociedad futura. El país se halla en lo que podría llamarse un punto de inflexión, en un momento crítico de cambio, en el que se precisan conceptos nuevos para una sociedad nueva.

Esta sociedad se anuncia ya en algunas manifestaciones: una población joven urbana e instruída. Una dinámica regional creciente. Una economía más diversificada y con mayores posibilidades de integración. Un sistema político más abierto. Una cultura nacional en trance de hechura.

Sin referirnos a caminos absolutamente obligados en un proceso de transformación nacional, como son la modernización del Estado, el perfeccionamiento de la convivencia en la democracia, o la lucha contra la pobreza, el análisis de este breve artículo puede centrarse en el imperativo del fomento de la ciencia y de la tecnología, como prerrequisito para la definición de utopías razonables.

Cualquier justificación debería sobrar, si no fuera porque se olvida lo que la ciencia y la técnica representan en el mundo contemporáneo. Ellas determinan, como ningún otro factor, la calidad de vida, la productividad, las relaciones de dominio de grupos y Estados, y en general,



las condiciones de existencia del hombre moderno.

En nuestro medio, el fomento de la ciencia y de la técnica, debería redundar en una mejor apropiación del medio ambiente, en mejor calidad de la educación y en la formación del talento humano, en mayores niveles de productividad. Un énfasis similar en el desarrollo de la tecnología apropiada y en la asimilación de tecnologías de avanzada, debería ser un propósito nacional, con miras a acortar la distancia que separa a grupos sociales en el país en cuanto a acceso a servicios básicos, y a disminuir la brecha que nos aleja de los países desarrollados. Estas actividades presuponen, a la vez, un perfeccionamiento de la actividad científica e investigativa en general, y una formación de talento humano dentro de patrones de excelencia.

De nuevo, es preciso insistir en que lo que sugiere el pasado, no puede constituirse en norma del porvenir. Ni por su escala, ni por el volumen de recursos asignados, ni por su organización, lo hecho hasta ahora en materia de ciencia y tecnología, podría considerarse como satisfactorio, ni mucho menos como base de proyecciones de lo que debe hacerse en el futuro.

La inversión en ciencia y tecnología, no debería figurar como uno de los tantos componentes del presupuesto del Ministerio de Educación. Ya que se trata de una actividad que redundaría en beneficio de todos los sectores, tendría que establecerse como un fondo, alimentado por múltiples fuentes, quizás contando también con los recursos que el Estado destina a estudios de pre-inversión, o por lo menos, en coordinación con estas actividades, que son de estricta índole tecnológica. De otra manera, no se ve cómo sería posible incrementar rápidamente el volumen de recursos asignados a ciencia y a tecnología hasta el 2% del Producto Interno Bruto, porcentaje que se estima indispensable para producir un impacto masivo en la sociedad.

Al mismo tiempo debería quebrarse el aislamiento organizativo de la entidad rectora, que a pesar de todos los esfuerzos, carece de poder real en la definición de planes y programas de desarrollo. Estos necesitan incorporar la dimensión científica y técnica, no como apéndice sectorial, sino como parámetro general.

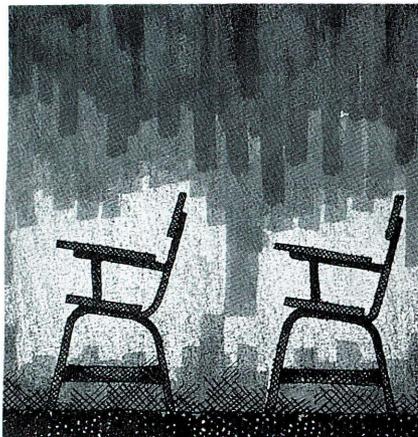
También sería saludable que los propósitos de modernización del Congreso y de los partidos políticos, se vieran plasmados en una preocupación efectiva por los asuntos de ciencia y tecnología.

En una democracia abierta, el poder y la autoridad deben tender a fundarse en el saber, aunque esta correspondencia siempre sea un ideal. En el caso de Colombia, esta utopía razonable llama la atención sobre el papel que en el futuro han de jugar las universidades, la comunidad científica, los centros de investigación, las academias y las asociaciones científicas y profesionales, en la solución de los problemas nacionales, y en la configuración de una cultura nacional a la vez más arraigada en valores propios, y

Pasa a la pág. 29

* Sociólogo. Presidente de la Asociación Colombiana de Sociología. Carrera 44 No. 122A-59 Bogotá.

educativo de los grupos marginales es la de ciencias sociales por cuanto su estudio puede brindar al individuo las herramientas necesarias para abordar la comprensión de la realidad en la cual se encuentra inmerso. Por otra parte, esta comprensión, no sólo de su mundo presente sino del pasado que lo ha formado, lo podría habilitar para convertirse en un ser participativo, con posibilidades de actuar en las transformaciones y mejoramiento de su sociedad. Teniendo en cuenta estas consideraciones, el estudio de la Universidad Pedagógica analizó la forma como se lleva a cabo la enseñanza de las ciencias sociales al interior de la escuela, cuáles son las dificultades existentes para el desarrollo de esta actividad y cuáles sus deficiencias y bondades.



Los investigadores encontraron que los conceptos son enseñados en forma de definición, de manera abstracta, sin referencia a ningún tipo de realidad, lo que dificulta su enseñanza como herramienta de análisis del mundo del niño y como mecanismo de creación de actitudes y valores de cooperación y convivencia. Otro de los aspectos detectados es que, por lo general, no se ejemplifican los conceptos y menos aún se hace referencia o se plantea participación de los alumnos para que los apliquen a la comunidad y a las experiencias que ellos han vivido. Este aspecto es particularmente notable porque desaprovecha las vivencias laborales de los alumnos, sus experiencias de liderazgo, de autoridad, su conciencia o falta de conciencia de pertenecer a una so-

ciudad, la práctica de normas o su violación y las formas que esta asume en el mundo marginal.

En el transcurso del estudio se hizo evidente cómo el ambiente académico que reina en la escuela estudiada está enmarcado dentro de una actitud que los investigadores han llamado del “no hacer”, una cotidianidad escolar carente de planeación de actividades y en donde el tiempo se diluye en quehaceres ajenos al proceso enseñanza-aprendizaje, y en este mismo contexto se inscribe la problemática de la enseñanza de las ciencias sociales.

La capacitación de los maestros

El estudio de la forma como se enseñan las ciencias sociales en instituciones educativas ubicadas en contextos marginales, hace pensar en la urgente necesidad de una reflexión, no sólo por parte de los docentes mismos sobre su propio quehacer pedagógico, sino también por parte de las instancias educativas encargadas de los programas de capacitación del magisterio. Una reflexión que lleve al replanteamiento de aspectos tan vitales para una sociedad heterogénea como la colombiana, como lo es la noción de adaptación de un currículo a los distintos medios socioeconómicos y la conciencia de la importancia de las ciencias sociales en un mundo que exige cada vez más su conocimiento y la comprensión de sus procesos.

Es por ello que la investigación realizada recoge los elementos que presentan un mayor nivel de conflicto, con el fin de proponer vías de capacitación que con su ejecución hagan posible un mejoramiento cualitativo de la educación impartida en los sectores marginales urbanos.

El punto clave de esta situación es la naturaleza de lo que podría llamarse la cultura escolar y las formas de organización social que van con ella y que rigen la práctica docente. Su estudio, su entendimiento y su cambio deben constituirse en el foco central de una política de capacitación para maestros que trabajen en estos contextos sociales. □

UN MOVIMIENTO...

Viene de la pág. 5

más abierta a las positivas influencias del pensamiento universal. Hasta el momento, debe decirse, los científicos e investigadores ocupan una posición secundaria y relegada en la sociedad: se hallan dispersos y atomizados. Pero su número creciente y su peso específico, debe hacer de ellos una fuerza social, la fuerza propia que los grupos de intelectuales han tenido en otras sociedades con mayor densidad cultural.

Si existe una tendencia clara en lo que se ha llamado sociedad postmoderna, es la de sustituir progresivamente la energía por la información, el trabajo manual por las operaciones de inteligencia. El sentido progresivo de un movimiento de la comunidad científica radicaría en poner la inteligencia y la información al servicio de una nación más productiva y más equitativa, más solidaria y más democrática, más confiada en sus propias virtudes y más arraigada en la paz. Los científicos, que deben saber que no hay verdad absoluta, que poseen, si son auténticos exploradores el sentido de los límites del conocimiento, pueden también extender en la sociedad la noción de tolerancia, que tanta falta hace para fundar la convivencia social.

Hace muy poco tiempo, dos décadas atrás, la figura del investigador o del académico de tiempo completo, era relativamente excepcional. También eran precarias las instituciones dedicadas a la ciencia y a la tecnología, y rudimentarias las instituciones universitarias. Todo esto ha cambiado, y aunque las condiciones no son óptimas, existe la materia prima, financiera, institucional, y ante todo, humana, para un despliegue de la ciencia y la tecnología, en beneficio de la sociedad.

¿Por qué, pues, no pensar en una utopía razonable, la de un movimiento de la comunidad científica en beneficio de una sociedad más justa y productiva a la vuelta del milenio? □